

# Tiempo Compartido

María José López Sotelo

Image not found.

# Capítulo 1

¿Cuándo comenzó esto?

Escucho su voz a lo lejos, como si se encontrara al final de un túnel, un túnel largo, casi interminable. Mis ojos se concentran en la planta que está de mi lado derecho, la he mirado desde que me senté. Es grande, con hojas del tamaño de mi palma. Supongo que la pusieron ahí para "darle vida" al lugar sin embargo, hace todo lo contrario. La tierra está seca, las hojas caídas y el color es verde amarillento. Está enferma. No existe otra manera de ponerlo: está enferma y nadie se ha dado cuenta. En unos días o unas cuantas semanas - si bien le va - morirá y la van a reemplazar, como si nada hubiera pasado. Como a mí, como a ti, como a todos los que están hoy por hoy en este lugar. Los seres humanos pensamos que somos únicos, irremplazables pero no, no es cierto. Cuando alguien se va o, se van de alguien, nunca se acuerdan de él o de ella. Los demás siguen con su vida.

Este es el ciclo natural de las cosas.

¿Entonces? ¿Cuándo comenzó esto?

Me volví a preguntar. El túnel se hacía cada vez más largo y su voz más débil. Inhalé profundamente, sostuve el aire unos cuantos segundos y luego lo expulsé lentamente, era como si me estuviera deshaciendo de algo. Como si mi aliento se llevara algo de mí y lo dejara en el ambiente para quien quisiera tomarlo y resguardarlo. Cerré los ojos. En ese momento mi mente era como un hoyo negro, todo lo que entraba desaparecía, no había luz, no había sonido... Simplemente no había nada.

¿Sabes cómo parar?

Su voz estaba más cerca. Abrí los ojos rápidamente pero mi mirada se mantuvo fija. ¿Cómo iba a contestar eso? No tenía ni idea cuándo y cómo había empezado todo esto. Fue algo tan paulatino que no hubo manera en la que me pude haber dado cuenta antes de este momento. Me dijo que yo me encontraba en el punto de quiebre, eso me lo dijo hace unos días

con ríos desbordándose de su cara. ¿Sabes como parar? Si lo supiera todo sería más sencillo, no tendría que irme, no hubiera hecho lo que hice y definitivamente no estaría en donde estoy. Por primera vez separé mi vista de la planta y volteé a verle, estaba expectante a que reconociera que estaba ahí, enfrente de mi esperando respuesta. Silencio. No dije nada y por consiguiente no dijo nada. Ambos sacamos las espadas y comenzamos una batalla de miradas y de silencio, ninguno hablaba, ninguno parpadeaba. Se estaba determinando quién tenía el poder sobre la otra persona. Siempre hay alguien fuerte y alguien débil, alguien que es querido y alguien que no. ¿Pueden adivinar cuál soy yo?

Mientras esto sucedía caí en la cuenta de lo sencillo que sería mentirle. Claro, claro que sabía cuando había sido la primera vez que lo hacía. Ese día nunca se me va a olvidar. A pesar de eso, no sabía realmente qué era lo que quería que le dijera: ¿cuando comenzó la acción física o los pensamientos? ¿O tal vez quería saber si yo ya había caído en la cuenta del "detonante" de todo esto? ¿Y si le decía que gran parte de la culpa es suya? No lo creería y para ser totalmente franca, yo tampoco lo creo.

La culpa de todo esto no es más que mía y de nadie más.

Nadie me obligó a hacerlo, nadie me puso una pistola en la cabeza y me amenazó. Nadie me prohibió parar o me dijo que si lo hacía iban a haber consecuencias irreparables. Pero, así como nadie me impulsó a seguir, nadie me advirtió de las consecuencias de todo esto. Nadie se preocupó por mi, al contrario, parecía que lo celebraban con cada día y cada mes que pasaba solo escuchaba que las personas alrededor me decían "¡Oye! ¿Cómo le hiciste para bajar de peso? Te ves super bien", "Como que ya te pusiste las pilas y decidiste cuidar tu cuerpo, que bueno", "Te ves mucho mejor así flaquita". El constante cantar de las personas con respecto a lo bien que me había hecho el dejar de comer era impresionante, se encontraban cegados por sus expectativas de cómo querían que me viera; su vista estaba tan obstruida que no se dieron cuenta de nada. No se dieron cuenta cuando dejé de ver a mis "amigos" o cuando dejé de hablar de mi trabajo porque me despidieron - según ellos faltaba mucho y no entregaba las cosas -, no se dieron cuenta que todos los fines de semana cancelaba el brunch de los domingos en el club o que dejé de contestar el teléfono. No se dieron cuenta, no QUISIERON darse cuenta. Ah, pero si se dieron cuenta que mi ropa me quedaba grande o que estaba muy cansada, cansancio que le atribuyeron a la vida que inventaron en su cabeza para mi: la mujer con un excelente puesto de trabajo que se levanta a las 5 de la mañana todos los días para hacer ejercicio y meditar. La mujer que los fines de semana era como una abeja que en vez de pulular de flor en flor, volaba de fiesta en fiesta. Lo que no sabían es que la realidad era otra.

¿Entonces, qué vamos a hacer al respecto? ¿Qué vas a hacer TÚ al respecto?

La volteé a ver una vez más, ahora tenía los ojos llorosos; parecían dos charcos después de una gran tormenta. Que no llore, por favor que no llore. Sentí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo y me estiré para tomar la cobija que siempre estaba perfectamente bien doblada del lado derecho del sillón. Siempre doblada en cuatro y siempre del lado derecho del sillón. En la casa, absolutamente nada podía estar fuera de lugar, nada podía estar sucio, todo, ABSOLUTAMENTE TODO tenía que ser perfecto - o aunque sea verse perfecto; esto, claramente nos incluía a nosotros. No importaba lo que estuviese pasando en nuestras vidas, el mundo externo tenía sí o sí percibirnos como la familia perfecta. Deberían de ver las fotografías que tienen colgadas en las escaleras o en la sala, parecemos salidos de uno de esos catálogos de las tiendas departamentales. "Si te ves así y tienes lo que ellos tienen, se garantiza felicidad". Mentiras, puras mentiras. No importa cuánto me esforzara, cambiara mis gustos para complacer a los demás, intentara seguir las reglas, sacar buenas calificaciones, ser parte de los clubes extracurriculares de la escuela y, en general, ser la hija perfecta no parecía ser suficiente. Pero verán, así es con todo y, aunque no nos guste aceptarlo, así es la vida. Si eres un poco diferente es algo malo, algo malo tienes que tener para salir del molde establecido. Te vuelves desechable porque no encajas con lo que tiene que ser, tus amigos - corrección: supuestos amigos - te abandonan, te dejan en la calle como a los perros cuando dejan de ser cachorros. Se van, se van, se van sin importar lo que esté pasando en tu vida. Se esfuman como por arte de magia y te dejan a la deriva, cayendo de lo más alto de un risco hasta lo más profundo del mar y, con cada momento que sigues cayendo todo se comienza a tornarse más oscuro y ahí, cuando estás llegando al fondo del mar, donde ya no se puede ver absolutamente nada, ahí es donde llegas a la realización de que estás completamente sola. ¿Por qué? Porque nadie aguanta mucho tiempo en la oscuridad, no pueden soportar una vida sin luz.

¿No me vas a hacer caso?

Esta pregunta me sacó de mi trance, abrí la boca para contestar pero nada salió de ella. Fruncí el ceño, subí mis pies al sillón y abracé mis piernas. Cuando hice esto sus ojos gritaron "¡Mi sillón! Seguro lo vas a ensuciar todo". Y así, una vez más, estaba haciendo algo mal sin darme

cuenta. Como siempre aparentemente. A veces me pregunto ¿Por qué tuvo hijos si iban a ser una carga para ella?

Bajé mis pies del sillón y vi como su cara se relajaba y una pequeña sonrisa se formaba en sus labios. Bueno, mínimo pude solucionar este error de manera rápida, no como todos los demás, o como el más grande de todos: yo. Hay días en los cuales me pregunto si realmente el que yo esté aquí aporta algo bueno a los demás. Probablemente no. Me gustaría tener el tiempo de vida de una mosca común, esas que todo el mundo odia porque llegan a zumbarte en el oído en el peor momento. Aquellas que constantemente están encima de ti y se vuelven insoportables después de unos segundos. ¿Sabían que viven máximo 30 días?

¿Qué haría si tuviera 30 días de vida? Nada, absolutamente nada. No hablaría con nadie, no iría a ningún lado.

Me estás asustando ¿por qué no me contestas?

¿Yo la estoy asustando? No entiendo el miedo, realmente no lo entiendo. No es como que vaya a recrear la escena del resplandor y llegar con un hacha gritando "Aquí está Johnny". ¿De verdad tendrá miedo o sólo es lo que tiene que decir por ser mi madre? En mis veintitantos años de vida nunca se ha preocupado por mi. No he sido importante para ella y no creo serlo ahora, al contrario, siendo yo una mujer adulta, menos le debe importar lo que me pase. Saqué mi celular, lo desbloquee, eran las 3 de la tarde y no había recibido ni una sola notificación o mensaje. No estaba sorprendida. Hace un mes que borré mis redes sociales nadie se preguntó el porqué; hace dos semanas que dejé de hablarle y contestarle a mis amigos y a mis hermanos, ninguno me preguntó qué me pasaba o si me sentía bien. Pude haber estado sin vida en una fosa clandestina y no se hubieran percatado, no les hubiera importado.

Las pisadas que se iban acercando cada vez a la sala me distrajeron, ahí, en el umbral de la puerta estaba el señor de la casa observando, como siempre, su reino, su propiedad, lo que había conseguido con su sudor y sangre. Eso siempre me restregaba en la cara, que todo lo que yo tenía era gracias a él. Supongo que eso podría contar para las cosas buenas y malas, pero él no va a aceptar eso.

¿Ya tienes tus cosas? Es hora de irnos.

Asentí con la cabeza. Mi madre se paró del sillón y los dos salieron de la sala. Me quedé sentada unos instantes más hasta que me llamaron para que me apresurara; como un resorte me paré de donde estaba y comencé a caminar. Dudé unos segundos y regresé por la cobija, la cobija que ya no era perfecta, al contrario, era todo lo opuesto. Estaba en el lado izquierdo del sillón, echa bolas y, si te fijabas bien, se podía alcanzar a distinguir una pequeña rotura en una de las esquinas. La tomé, la abracé y salí de la sala para embarcarme en mis vacaciones todo pagado de tiempo indefinido.